

DESDE 1930 y al menos hasta mediados de los cuarenta, Benjamín Jarnés fue caligrafiando páginas y páginas de unos pequeños cuadernos que eran, de hecho, cuadernos de trabajo en sentido estricto: abocetaba artículos, anotaba y comentaba frases ajenas, pergeñaba un relato o una conferencia. Pero en esos cuadernos hay también otro tipo de anotación de índole mucho más personal, y directamente autobiográfica, que fue excluido de los doce Cuadernos jarnesianos que editó la Institución Fernando el Católico, de Zaragoza, en 1988-1989.

En 1999, la Residencia de Estudiantes ha de editar el volumen Benjamín Jarnés: epistolario y cuadernos íntimos, en edición de Jordi Gracia y Domingo Ródenas. El volumen reúne el epistolario a Jarnés depositado en la Residencia junto con una amplia selección de las páginas confesionales, extraídas de los cuadernos fotocopiados y hoy conservados en la IFC.

La muestra que ofrecemos es muy breve, y se ciñe a la etapa de la guerra y el primer exilio en Limoges. A una primera meditación sobre la escritura misma de los cuadernos, le siguen un par de anotaciones evocativas: la primera de la guerra en Madrid y la segunda de uno de los asuntos en que reinciden los cuadernos, la sombría infancia del escritor.

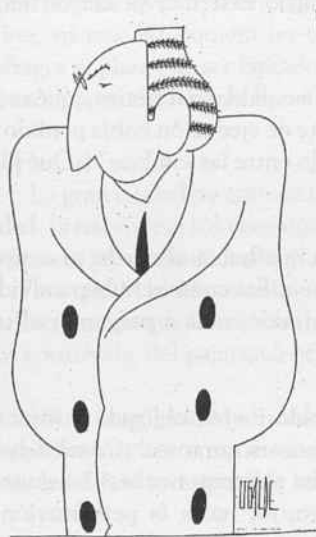
Jordi Gracia y Domingo Ródenas

## Benjamín Jarnés

---

# Silencio y ayuno (1937-1939)

Del Cuaderno 14, febrero-julio de 1937, pp. 70-75



Benjamín Jarnés

IR ARRASTRANDO la pluma, las letras, por el papel, fatigosamente, como quien arrastra el espíritu, faltas de agilidad las ideas para ir saliendo del tugurio donde fueron engendrándose; ir empujando las palabras a lo largo de la cuartilla, para que vayan destilando -lentamente- alguna emoción, para que vayan perfilando algún pensamiento; ir azuzando dolorosamente la frase para que, de vez en cuando, ella dé un brinco, haga una cabriola... Todo eso, también, es escribir, también debe hacerlo el escritor.

Y en estos cuadernitos, ¡con qué frecuencia ha habido que ayudar a esa llamémosla *mecánica del escritor*, para salvar con ella esas tremendas lagunas abiertas en la vida del que -instintivamente- va describiendo, sin que de ello con frecuencia se dé cuenta, el paisaje de su vida interior y externa!

Lo repito: también esto es escribir. Escribir con dolor; *dar a luz con dolor*. Es decir, *necesariamente*. Dolor como en todas partes, como en todas las páginas no suscitadas por el capricho, por un vano afán de exhibición.

Y si son penosas de leer, ¿qué puede ello importar a su autor? Muchas más congojas costó el escribirlas. Que las dejen en paz, que no las lean, si la vida les ofrece cosas más risueñas... ¡Naturalmente, la vida, de ordinario, no es tan amarga!

Pero que las guarde para alguna noche en que también a él -un día, lector feliz- le lleguen a rozar las alas negras de ese negro pajarraco de la melancolía, que a nadie perdona... Que las guarde para aquellos días, vacíos de sustancia emocional, en que ha de pedir un poco de ella a las vidas de los otros.

No quiero anotar que estos días son los más tristes de mi vida, porque siempre parece que lo son los que más cerca se tienen. Anotemos sólo que son muy tristes. Tal vez sólo me queda este hilillo no muy luminoso de mis notas, para recordar que aún me queda dentro un poco de luz. Es decir, de esperanza. Si no me quedara, dejaría de escribir.

Anudaré otro cuaderno con el mismo hilillo, esperaré. No grandes cosas, pero sí un poco de calma, un espacio libre donde poder mover con más garbo mis ideas.

Ni de esa calma, ni de ese espacio libre, disfruto ahora. Los hechos me rodean, ceñudamente. No hay modo de espantarlos: me acosan implacablemente, por todas partes.

Son hechos de varia índole, de los que algún día quisiera hablar. Tan dolorosos, como nunca los produjo la historia.

El más triste es este: [el] espíritu humano, con todas sus conquistas, está a punto de naufragar en todo el mundo. Un pulpo lo acosa, un terrible pulpo: la materia.

El viejo antagonismo se reproduce con más crudeza que nunca. Aguardo -anhelante- que termine esta fase aguda del eterno combate.

Del Cuaderno 20. *Memoranda*. Diciembre de 1938 (en España) a febrero de 1939 (en Francia), pp. 54-60.

**A**QUELLA NOCHE en que Madrid se sumergió verdaderamente en las plenas tinieblas, no podrá nunca olvidársenos. ¡Qué densa aquella sombra! Era como un agua negra, pegadiza, en la que íbamos hundiéndonos poco a poco, ciegos por completo, cegados -lo que es peor- por las frecuentes llamaradas de los coches. Cuando creíamos comenzar a percibir algo, una llamarada, un súbito resplandor nos volvía a dejar ciegos. En medio de aquella agua negra, los focos movedizos, viajeros que andaban buscando su camino, escamoteándose a los peligros, eran como peces escondidos que se escabullían, después de habernos cruzado la cara con su látigo de luz. Y, luego, sombras, sombras espesas.

De entre las sombras, surgía, de pronto, un rostro ceñudo y del rostro una consigna. Aquellas noches, Madrid había reducido su lenguaje a algunas palabras convenidas, a una clave. ¡Aquel Madrid tan parlero, que sólo al amanecer consentía en suspender sus charlas! ¡Cómo pudo así reducir su léxico? Consignas y detonaciones. Y dentro de las casas, silencio también, y un poco de luz amedrentada.

Y el dramático estruendo de alguna casa derrumbada en el barrio extremo, ya convertido en trinchera.

Una noche, a espaldas del Retiro, ¡qué escena cómica! Un piquete de ejecución había perdido a su reo. ¡Cómo hallarlo entre las sombras! (¡Qué júbilo el nuestro!)

El centinela que había olvidado su consigna nos hizo también reír. Era como si hubiera olvidado su fusil. Medio dormido, salía a preguntar al transeúnte.

Madrid, pueblo jovial, obligado a fruncir el ceño, a adoptar una cara tan fosca. ¡Cómo debió de sufrir, sobre todo las primeras noches! Luego se fue endureciendo el rostro, hasta la petrificación. El dolor no tarda en imponer su modelado. Que continúa hasta ahora.

Hay un libro de Valentín Andrés [Álvarez] que lleva por título "Naufragio en la sombra". Hoy podría servir de epígrafe, este título, a una descripción del Madrid en las tinieblas de la guerra. En las de la noche y en las del pleno día. No saber nada, desconocerlo todo, de aquí y de allí, de dentro y de fuera. Ignorancia suma...

Porque la guerra se comienza tal vez por una verdad, pero sólo puede continuarse por mentiras. El embuste es utilizado como el mejor fusil. El embuste, es decir, la sombra espiritual, hasta llegar a la plena negrura, a la ausencia de toda verdad, de tanto cruzarse sobre ella las luces de artificio. La pobre verdad -de este o aquel- ¿cómo no iba a naufragar en tanta sombra?

Una noche recorrimos así Madrid "por dentro". Algún "colmado" nos abrió sus puertas, y, allí en lo más hondo de los divanes, ¿cómo se rebullían las larvas de la noche! Los "bajos fondos" eran allí mucho más "bajos" que nunca. Se respiraba allí un aire de sótano, de mazmorra. Se refugiaban allí cuantos venían de las trincheras a descansar unas horas, [...], de turbia luz. Los instintos, allí, no tenían por qué lucir ningún pudor. Al fin, aquellos hombres y mujeres -todos nosotros- vivían rozando a cada momento la muerte, vivían por un capricho inexplicable, oscuro, de la muerte. Si alguno de ellos caía, nadie podría verlo -entre las sombras tan densas-; y si alguno llegaba a verlo, se encogería de hombros. O, tal vez, ni eso. Ni siquiera les quedaba a aquellos naufragos el placer de ser lanzados a una playa, para que en ellos se ensayara la Beneficiencia.

La gran ciudad no conoce la noche: en la gran ciudad, la naturaleza sólo consigue con sus monótonos ocasos, provocar un espléndido amanecer artificial. Para que Madrid conociese plenamente la noche, fue preciso que la rozasen las alas negras de la feroz contienda, del pajarraco bélico...

¡Bien ha pagado Madrid sus frívolas holganzas de aquellas noches en que sacrificaba el sueño al ocioso hablar, al interminable beber! (Ahora, silencio y ayuno.)

Del Cuaderno 21. *Textos y márgenes*. Comienza en febrero de 1939, en Limoges (Francia). Termina en 21 de abril de 1939 en Limoges (Francia), pp. 84-86 y 103-104.

ESTAS NOTAS PODRÍAN rezumar aquella sombría tristeza de la que Chateaubriand escribió en el destierro; uno de aquellos destierros -alguno de ellos, voluntario- en los que era "especialista"... Pero cada vez me interesa menos aburrir y aburrirme contando infortunios. Este censor que llevo dentro -no siempre alerta- me prohíbe ahora destapar la [] de la indignación o del [...] lírico del jeremías desterrado. Considero estas adversidades como se considera una tormenta de la cual no fuimos responsables, que quisimos -por el contrario- evitar... ¿A qué dolernos, inútilmente?

Esta tarde, en Limoges, una lluvia densa y fina lo enturbia todo, lo borra todo, deja al paisaje sin perfiles, sin color alguno. Pero ¿no crea un nuevo paisaje, cuya delicadeza gris no vale menos que cualquier tormenta de matices violentos?

Pero el contradictor, mefistofélico, replica:

-Naturalmente. Ese paisaje *armoniza* con tu estado de espíritu. Por eso Limoges te parece admirable. Tiene ahora tu misma tristeza.

-De ningún modo. Un paisaje de sol crudo también sería bien venido, con tal [que] fuese armonioso. Lo que cuenta es esto: que la lluvia emboza deformidades que el sol desnuda. Un paisaje a pleno sol es una verdad a son de trompas y clarines; un paisaje de lluvia es una verdad para música de cuerda y con sordina. Por lo demás, los paisajes de sol no son por ello más alegres, como no son más voluptuosos los de desnudez plena. La plena desnudez -la verdadera- es bien triste. Bien poco seductora.

-El paisaje de sol siempre es estímulo, mientras el de lluvia adormece... Así lo dicen los especialistas.

-Es inútil buscar pretextos a la holgazanería o a la actividad. El paisaje ni estimula ni convida al ensueño. Es cada uno de nosotros el que se fabrica el opio o la insulina, y luego culpa de sus errores al

paisaje. El paisaje *no armoniza nunca con nosotros*, somos nosotros los que buscamos al paisaje como cómplice... Se equivocan los especialistas. (s.p.n.)

Es algo misterioso, este segundo encuentro con la vida de Chateaubriand. Me tropecé -repito- con ella al comenzar *mi vida de relación* con los grandes espíritus que me precedieron, y vuelvo a tropezarme ahora, al reanudarla, después de una terrible, de una mortal borrasca. Chateaubriand es el primero que viene a formar parte de mi nueva biblioteca, en esta segunda parte de mi vida. ¿Por qué?

Ya lo sé. Es un azar. El azar explica todo lo inexplicable. Atengámonos, pues, al azar. Pero... Sucede que nosotros mismos vamos fraguando el azar, que también nosotros formamos parte de ese sistema de fuerzas ocultas que determinan el azar. Tal vez nuestro primer encuentro haya decidido "fatalmente" el segundo.

Alguna vez he creído que a Chateaubriand y a mí nos unía un mismo elemento muy poco amigo de unir, [...] que su oficio es dispersar: este mal amigo es el viento. ¡Hay en la infancia de René un viento que silva tenazmente al pasar por las grietas de tantas maderas ya cansadas de servir de muro! Pues ese mismo viento, en tardes y noches de invierno inolvidables, lo escuchaba yo en mi infancia, junto a un padre también fosco, que paseaba y paseaba por un largo aposento semitenebroso, sin reparar en quien desde su asiento lo estaba observando. A veces mi padre, en sus paseos, iba sosteniendo una charla

enigmática para mí, sobre la que flotaban algunos nombres que luego aprendí a conocer: nombres de generales, de políticos de fin de siglo, mezclados en la historia lamentable de aquellos últimos años que acabaron con el siglo y con nuestro imperio colonial. Y el viento silbaba, gruñía, ululaba, bramaba, según su violencia. Y ¡qué frío! Yo habría cumplido siete, ocho, nueve años...

Ya entonces conocía bien el arte de vivir en soledad, junto a los hombres. La verdad es que los hombres -comenzando por mi padre- bien poco se preocupaban de mí. Probablemente yo era un objeto cualquiera que consume, un estorbo económico. De ello me di en seguida cuenta. (Desde luego no consumía mucha cantidad de ternura: nadie me la concedía; especialmente dentro de casa, apenas quedaban existencias de cariño. Porque la pobreza acaba muy pronto con ellas.)

Entonces comencé ya [a] aprender el arte de dialogar conmigo mismo. No el monólogo precisamente, sino el diálogo... Me parece que el primero conduce a la -estricta- poesía; mientras el segundo conduce a la novela, puesto que debe comenzar por crear un segundo personaje que, naturalmente, pronto acaba por ser "antagonista"... (Probablemente ocurre algo parecido en Dickens: desde muy niño se crea un segundo personaje novelesco). Lo que en definitiva parece cierto es que esos años tan ardientes, de extrema curiosidad, deciden de todo el resto de la vida espiritual del hombre.